

de formas sociales injustas. «Nada de esto tiene que ver con la tradición; la ética de la tradición comporta un interés por el pasado no en cuanto pasado, sino en cuanto actúa sobre el presente». Bien lejos de significar la repetición de lo pasado, la tradición supone la realidad de lo que dura. Y si no todo lo pasado, por el mero hecho de haber pasado, es digno de recordación y de supervivencia, el culto a lo nuevo, por ser nuevo, del que se deriva una actitud futurista y utópica ante la vida, debe igualmente denunciarse como otra grave deformación del sentido histórico.

Por eso el autor señala como «fuentes principalísimas de la Revolución contemporánea» la negación de la historia, haciendo borrón y cuenta nueva con el pasado, previa su liquidación, y una aspiración antitética de la anterior, a través de una divinización o glorificación de la historia, cuyos resultados u objetivaciones se reputan como necesarios de un proceso que condiciona e imprime un sentido a la vida humana. La primera corriente—dice—es la del racionalismo; la segunda se confunde con el historicismo.

En ensayos siguientes, Siles Salinas hace un análisis sumario de esas tendencias, «en cuanto ambas contribuyen a delimitar el perfil de la Revolución actual».

De la Revolución actual hace una crítica muy aguda y severa, apoyada doctrinalmente en recientes documentos pontificios, que distinguen cuidadosamente entre evolución y revolución, y denuncia el autor la ingenuidad de los que hablan de «revolución pacífica» llamando revolución a cualquier cosa y propugnando la vía revolucionaria de la violencia y la ilegalidad para arreglar los males de los pueblos. «Causa asombro—dice—ver con cuánto desenfado, con qué alegre desparpajo no pocos valiosos exponentes del pensamiento se convierten en panegiristas de la revolución. Nos atreveríamos a decir de tales manifestaciones de irresponsabilidad e inconsciencia que ellas estriban fundamentalmente en una noción ingenua acerca de lo que es objetivamente una revolución». Pero «la Revolución genuina, la Revolución social, la que se ilustra hoy con la fuerza del mito, esa Revolución es inconcebible sin el Terror». La Revolución—termina Siles Salinas—es un mal.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

SOLAGES, Bruno de: *Iniciación metafísica*. Razón y Fé. Madrid, 1967.  
461 páginas.

Esta obra es mucho más que una simple iniciación. Es una magnífica y breve síntesis, una «suma» concentrada de todos los grandes problemas básicos del pensamiento metafísico. Su terminología y su técnica son enteramente llanas y sin complicaciones, pero ello ayuda poderosamente a transmitirnos un pensamiento enteramente granado y maduro. A una doctrina filosófica fundamentalmente clásica ha logrado incorporar lo mejor de las muchas conquistas logradas por la inteligencia hu-

mana a lo largo de treinta siglos. En sus planteamientos, en sus explicaciones y discursos mentales e incluso en las síntesis doctrinales últimas formuladas por Solages para cada una de las cuestiones, se percibe siempre una magnífica potencia de síntesis, de sistematización y de crítica positiva. Ello tiene especial importancia en los dominios de la metafísica, en la que tan frecuentes suelen ser los extremismos suicidas. El máximo riesgo del metafísico es, en efecto, éste: conformarse con repetir, bajo moldes más o menos rebozados y con ciertas tonalidades nuevas, doctrinas viejas depasadas; o por el contrario hacer tabla rasa de todo lo heredado y pretender cada uno crear de la nada nuestro propio sistema. Solages ha encontrado el justo medio y el equilibrio: no renuncia a ninguna partecilla de verdad venga de donde venga (de viejas construcciones metafísicas o de nuevos planteamientos científicos y sociales). Pero tampoco teme poner de relieve los grandes interrogantes, misterios y problemas a los que la mente humana no ha sabido todavía encontrar solución. Sólo con plantear los problemas tal y como son y tal y como están, nos ayuda Solages a encaminarnos hacia la solución y la verdad, aunque no siempre lo logremos de modo suficiente.

La obra consta de cinco partes que merecen una explicación y crítica mucho más seria y detallada que la que permite la simple recensión: estudia sucesivamente el mundo real (cosmos o universo, hombre, ser en general) y los problemas del conocimiento, la teodicea y la ética. Es quizá en los primeros capítulos dedicados a temas cosmológicos donde mejor se percibe el pulso, el valor y el sentido de esta obra. En los últimos años las ciencias naturales, físicas y cosmológicas han dado pasos de gigantes y un giro auténticamente copernicano a nuestra visión del Mundo; de forma que resulta imprescindible rehacer tajantemente las viejas cosmologías deductivistas. Solages lo hace muy en serio, pero sin tirar alegremente por la borda otras verdades de la tradición cosmológica, que todavía son válidas. Su misma formación e información clásica le sirve de magnífica plataforma para criticar agudamente lo válido y lo inválido de las nuevas aportaciones científicas que también conoce y que tan bien esquematiza. El mismo es el primero en cumplir la actitud, los métodos y los procedimientos que predica: apertura mutua y sin reticencias entre el científico y el filósofo, respetando cada uno el campo de actuación y la autonomía funcional del otro y dedicándose, sin trabas foráneas, al máximo desarrollo posible de los temas y puntos de mira de su propia especialidad.

También en las demás materias tratadas (lógica y criteriología, psicología, antropología, teodicea y ética) logra Solages incorporar lo mejor de muchas aportaciones recientes sin perder el equilibrio, el sistema y la madurez mental de lo clásico.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.